

CAPÍTULO 29.

LA IDEA DEL CABALLO Y EL COMBATE CON EL LEÓN.



Sobre el estudiante que fue mencionado en ocasión del viaje en cuarta clase, se nos transmite la historia de un paseo por el Jardín Zoológico y el Acuario. Tomás había hecho amistad con ese joven discreto y de buena educación, principalmente, porque le gustó la manera burlona en que discutía sobre todo. Lástima que Tomás tuvo la desafortunada idea de subvencionar al esperanzado jovencuelo, no directamente, sino mediante la gestión de todo tipo de trabajos que le pagaba en abundancia. Al mejorarse la situación de vida del estudiante, éste recobró su buen humor, y sus juicios se hicieron moderados, lo que resultó aburrido para Tomás. A esto hay que añadir que Seebach, a pesar de todas las prevenciones, se dio cuenta de que Mundete era su benefactor y, consecuentemente, creyó oportuno vengarse de ello con su altanería. Eso le resultó muy fácil, ya que pronto descubrió las locuras de Mundete, y se le ofrecían buenas oportunidades para burlarse con saña. Debido a esto, Tomás quedó reducido a la compañía de Keller-Caprese, quien día tras día le resultaba más insoportable. Así, se dedicó a andar vagando solo, lo que finalmente lo condujo a toda clase de líos.

En aquella tarde, que yo quiero relatar, Tomás pasaba revista a las diversas secciones de los animales y dejaba que Seebach le diera una conferencia. De improviso, se paró frente a la perrera y dijo: -Me siento como alguien, que teniendo en su mesa un buen asado de ternera, ensalada de papa, unas moras y un buen vino, se deja engatusar por alguien para ir a un restaurante de moda, donde tiene que pagar muy caro una comida regular, así como bebidas mediocres y una espantosa pestilencia. ¿Qué tengo yo que andar haciendo con todos estos bichos extraños? El caballo de una calandria es cien veces más interesante para mí.

Al estudiante se le revolvió el estómago. -Yo no lo traje aquí a rastras -dijo.

Tomás, que desde hacía unos días usaba lentes, agachó la cabeza y miró, con aire interrogador, a su acompañante por sobre los aros. -Puede usted confiar en que le haré saber cuando ya no lo aguante -dijo Tomás-. La desconfianza es una mala cosa y recibe secuelas del pasado. Antes quise decir que me molestan las cosas que obstaculizan las impresiones para mi actual situación, en que estoy en una incesante creación de ideas. Si veo un solo perro, como ahora, por ejemplo, esos perros que están ahí, desaparece la pura idea del perro y todo lo que asocio con eso; en cierto modo se coagula, se hace sólida, toma cuerpo. Pero exactamente eso es lo que se debe evitar. Uno debe pensar, y no se puede pensar cuando se ve. Mis mejores especulaciones, construidas con la lógica más completa, caen por tierra en el momento en que pongo los ojos en la realidad.

-En otras palabras -dijo el estudiante apuntando con su nariz a las alturas, como queriendo mostrar que él estaba por encima de los errores de Mundete-, las cosas no deberían ser como son, sino como usted quiere que sean, de modo que se adapten a su revoltijo mental, y para que resulte así lo observa usted todo a través de sus lentes.

Tomás se quitó los lentes y los miró pensativo. -Usted ha descubierto el secreto de este instrumento -dijo-. De usted va a resultar algo bueno, esto suponiendo que conserve la costumbre de quitarse de vez en cuando los lentes naturales. Vea usted, existen naturalezas sensibles, para las cuales es insoportable la percepción exacta del mundo que nos rodea; esas personas se vuelven miopes. Los oculistas son tipos estúpidos, que afirman en su petulancia que la miopía se presenta a causa de una fatiga excesiva de los

ojos por la lectura, por malas posturas, etcétera, e inventan toda clase de tipografías, escrituras y bancas de escuela. Pero la historia no es ésa. La vida es chistosa. Los miopes se encuentran bajo el dominio de sus testículos -u ovarios-, lo que es lo mismo..., y ése es un soberano muy sensible y violento. Cuando conviene a las veleidades morales, entonces desea seguir durmiendo, pero si un incierto despertador lo apremia para que se levante, en ese caso se dedica a preparar un veneno en una de las tantas cocinas que tiene en el cuerpo y lo envía a los ojos ordenándoles: tráguenselo, y listo, se acabó la miopía.

-Montes de Abdera -intervino el estudioso de la naturaleza-, ya entiendo.

-Sí, sí, Abdera, detén tus marcha y contempla tu locura. De nosotros los abderitas se puede aprender mucho. Nosotros conocemos el secreto del contagio interior, sobre el que me ilustraron las chinches.

El estudiante se rascaba el brazo. -Los malditos chuchos le pegan a uno las pulgas -dijo con aspereza.

-¿Pulgas? ¡Tontería! La palabra chinche le da comezón. Es una proyección de las impresiones auditivas a la piel externa -Tomás había limpiado cuidadosamente sus anteojos y se los puso de nuevo sobre la nariz-. Por poco y me dejo perturbar a causa de sus comentarios sobre las pulgas, pero gracias a Dios tengo mis lentes, que son mi amparo y mi escudo cuando el malvado mundo desea develar mi secreto sobre las chinches. Con los lentes veo correctamente y encubro los portones de mi alma, de manera que nadie pueda mirar hacia dentro. Los que usan lentes tienen algo que ocultar. Desconfíe de todo aquel que traiga tal cosa sobre la nariz. Todos ellos son criminales facultativos, hipócritas y esclavos de sus testículos.

El estudiante lanzó un pedazo de pan al hocico de un hambriento perro de caza y dijo, mirando a Tomás burlescamente de reojo: -Este tirano no es tan malvado. Dejando a un lado la diversión que causaba a los seres inofensivos, visto a través de sus lentes, él también ha introducido la miopía y en la miopía basa la invención de los lentes, el cristal graduado, el telescopio, el microscopio.

Tomás se arrancó los lentes de la nariz y se los puso al joven. -¡Póngaselos! -gritó con un brillo de alegría en los ojos-. Usted es digno de ellos. Todos los secretos del mundo se le develarán.

Seebach se había quitado los anteojos y los miraba con asombro, se los volvió a poner y dijo muy confundido: -Pero si es vidrio común y corriente.

-Por supuesto -replicó Tomás-, ¿piensa usted que soy tan tonto de echar a perder mis ojos sanos con cristales graduados? Uso los lentes como una exhortación a mí mismo, para no olvidar jamás que tengo una elevada misión; que todo en mí debe estar al servicio de esta misión; que primero me quedo ciego que ver algo que contradiga mis pensamientos. Hace poco, viendo en una vieja revista de mi región la cuestión del hundimiento del "Titanic", comencé a dudar sobre si, en verdad, todas las gentes murieron voluntariamente. Eso me enfureció. Entonces me vinieron a la mente las palabras de la Sagrada Escritura: "Si te enoja tu ojo derecho, arráncalo". Me puse a reflexionar que este procedimiento se podría llevar a cabo más fácilmente con unas pinzas que con los dedos, y ya que no tenía unas a mano, me dirigí a la más cercana tienda de vendajes a comprarlas. En el aparador había una muñeca cubierta con vendas de arriba abajo. Sobre uno de sus ojos tenía un parche negro. Entonces, me compré una cosa como ésa, pues comprendí que me podía ahorrar el acto siempre algo doloroso de arrancarme el ojo, con sólo vendármelo. Al principio, estaba yo muy contento con mi éxito, pero pronto me di cuenta de que se me olvidaba con frecuencia el parche negro. Pensé en encontrar un sustituto y se me ocurrieron los lentes. Naturalmente, elegí unos de vidrio común y corriente, pues unos con cristales graduados me hubieran impedido ver.

Seebach arrojó otro mendrugo al perro faldero. -Su idea es buena -dijo-. Es inteligente y tonta a la vez, y en igual medida; y todo aquello que mantiene a los contrarios en el justo equilibrio, es genial. Encuentro grandiosa su teoría testicular sobre la miopía. Si es que entendí bien, la cosa es así: quien siente dolores en un brazo, es porque está envenenado por los tiranos del bajo vientre, para que no pueda golpear. El dolor en el brazo caracteriza, pues, a los sádicos.

-Hay que añadir la mala conciencia -completó Tomás-. Usted comprendió la frase totalmente. Como sustituto de los dolores de brazo, que no me hacían falta, me mandé confeccionar un traje, que era muy estrecho en la parte superior de las mangas y que entorpecía los movimientos; pero luego lo modifiqué, pues quiero utilizar mis brazos, es decir, corté un pedacito debajo de las axilas. Quiero hacerlo moderno. Considero eso de las mangas -Tomás miró con desafío a su acompañante- tan estúpido, que merece más el calificativo de genial que el intento con el vidrio común y corriente -movió la cabeza satisfecho, al ver que

el estudiante no daba muestras de contradecirlo y continuó:- Usted puede imaginarse que me he acribillado repetidas veces con semejantes medidas de precaución, en oídos y nariz, en piernas y pelo. De esta manera he conseguido poder pensar en verdad con toda pureza, sin distraer mis pensamientos a causa del objeto en bruto. Si ahora veo un caballo, entonces veo al caballo, la idea del caballo.

Seebach se sonrió con aire reflexivo. Pensó en que hacía un rato había estado, por primera vez en su vida, en una calandria pagada por él mismo, y ese recuerdo lo llevó a considerarse sublime. -¿Y en qué consiste esa idea del caballo?, si es que puedo preguntar. ¿Puede compartirse, o monta solamente usted en persona sobre ella?

-¿La idea del caballo? Eso depende de dónde parta usted, si de idea o de caballo. ¡Pero aguarde usted! -Tomás cerró los ojos, se puso el bastón entre las piernas y saltó un par de veces, alargó la cabeza, resopló y tiró de coces-. Así es eso -comentó luego y se acarició la barbilla con satisfacción-. Idea me sugiere por principio Ida; Ida se llama una muchacha, a quien yo solía llevar a cuestras. Y sigo cargando a esta Ida conmigo por todos lados, por lo menos su olor, que de seguro contribuyó más al desarrollo de mi ser que todos mis maestros. Caballo me conduce a camino y ahora se me ocurre que vi hace poco a esta Ida empujando a su niño chiquito al desfile de carros alegóricos. La idea del caballo sería, pues, la mujer, y esto coincidiría con aquello de que el hombre monta tanto al caballo como a la hembra. Parece blanca, esta idea, tiene que ser un caballo blanco y, de hecho, mi caballito de juguete era blanco. No, perdón -Tomás se esforzó por ver hacia el horizonte a través de sus vidrios-, era un tordillo. La idea contiene también algo de negro, y me acuerdo de que mi padre usaba una levita larga por aquel tiempo, cuando me dejaba montar en sus rodillas y cantaba: ¡Arre, arre, caballito, arre, arre, a galopar! Un vientre blanco de mujer en combinación con ricitos negros, eso es pues una idea. Ida es morena, y en tales vientres de mujer nos mecemos como embriones, montamos en el cuerpo maternal. Negro-blanco, he allí también los colores prusianos. Si sentamos a Alemania en la silla, dijo Bismarck, la podremos montar. También montamos nuestros caballitos de batalla, nuestras manías, nuestras opiniones, ya antes insinuaba usted esto y tiene mucha razón. Y también montamos en una rama o en un pasamanos. Además, pasamanos: resbalar es la verdadera escuela de la vida. Causa placer, directa y celestial voluptuosidad del infierno y, allí junto, bosteza el abismo como advertencia de la caída. El oscuro cubo de la escalera conduce de nueva cuenta al infierno, mientras que el deslizarse rápidamente a través del aire nos remite al vuelo, a la fantasía, al cielo. Y con esto retornamos a la mujer, que lleva en sí cielo e infierno. Al menos, eso afirman quienes tienen experiencia. Por cierto, esto también es correcto desde un punto de vista fisiológico. El vientre embarazado es el verdadero cielo, y el bebido que está dentro es Dios Padre, cuyo más silente deseo es todopoderoso -Tomás se puso tan exaltado que el sudor le escurría por la frente en claras gotas. No se dio cuenta de que Seebach desde hacía rato no le ponía atención alguna, sino que estaba viendo jugar a unos niños-. La idea del caballo no se puede imaginar universalmente. Sí, sí, es negriblanca, noche y día, origen de los humanos en el nocturno abrazo del tálamo y la tumba, la tumba con su cubierta de blanca nieve. Negro, blanco, Prusia muy cerca de...

El estudiante cortó la frase con un codazo. -Vea usted -gritó señalando a los niños-. Allí está su idea del caballo -el niño había agarrado a la niña por ambas trenzas y le gritaba ¡arre!, mientras le daba golpes con una vara. Los dos hombres veían la escena riendo, y Tomás dijo lleno de entusiasmo:- ¡Dale duro, muchacho, síguelo! -Seebach lo había pescado, sin saberlo, por el faldón del saco y se columpiaba con las rodillas como si quisiera salir corriendo.

De repente la niña logró soltarse y huyó; el muchacho se fue tras ella.

-Se dio usted cuenta, verdad -Seebach se dirigió a su amigo-, de la forma en que corre la niña. Con sus diez u once años ya es una mujer; mantiene erguido el pecho al correr, da pasos pequeños y rápidos y, además, pateo hacia atrás. Ella protege doble y triplemente su santuario. Sería tan fácil tomar la delantera, sólo si estirara el trasero como lo hace el muchacho, que alarga mucho el paso, y su porte corresponde al del arco tenso, en cuya cuerda yace la flecha, mucho antes de que el chico esté maduro para el flechazo. Un ejemplo seguro del atavismo, una herencia de la época cuando se cazaba a la mujer.

Tomás se rió de buena gana. -Atavismo, éstos son de nuevo sus anteojos científicos. No se da usted cuenta de que se trata de la coacción de los ovarios, del contagio interior. Apenas si ve las medidas preventivas y olvida que conservando la postura erguida se dirige una advertencia al perseguidor, pues puede quedarse rígido, lo que se insinúa con las patadas, y los pasos cortos y rápidos indican el tempo del placer. ¡Vea usted para allá!

La muchacha pasó corriendo por un parque infantil. Dos niñas hacían construcciones de arena con su hermanito; una de ellas fue atropellada y se sentó pronto sobre el trasero, mientras que el niño, en el intento de evitar la salvaje cacería, se había caído de boca.

-Tiene usted razón -dijo el estudiante divertido-. Ambos sexos ensayan en sus caídas sus futuras posiciones eróticas.

-Y es una ley que las niñas caen hacia atrás y los niños hacia adelante. Usted verá pocas veces algo diferente. Y, por cierto, ¿ya leyó usted *Romeo y Julieta*? -completó Tomás e hizo más explícitas sus palabras con movimientos rápidos de su pecho y brazos hacia atrás y hacia adelante, de modo que parecía como si quisiera llevar a cabo una danza de vientre. Un perro, que pasó corriendo frente a los barrotes para atrapar un pedazo de pan de la provisión del estudiante, lo tomó a mal, enseñó los dientes y ladró varias veces, pero se calmó luego de que Seebach le arrojó un mendrugo.

-¿Y la idea del perro? -preguntó el estudiante, mientras acariciaba a un pastor alemán, que inclinaba su cabeza tiernamente sobre su mano.

En lugar de ofrecer una respuesta, Tomás comenzó a dar unos ladridos muy naturales y engañosos, tanto que un viejito, que iba pasando y dramatizaba malhumorado una victoriosa discusión con su jefe, acerca de su derecho a un lugar en la ventana de la oficina, se volvió muy asustado creyendo que el jefe había interrumpido sus argumentos lógicos mediante una repentina maldición. Al mismo tiempo, comenzaron a ladrar algunos perros de la jaula excitados por los sonidos familiares, de manera que se originó un verdadero ruido infernal.

Un hombre, en una especie de uniforme gris, llegó corriendo e hizo uso de sus derechos de vigilante con palabras airadas: ¿Quién se atreve a molestar a los animales? Y diciendo esto les echaba unas miradas, que le hubiera envidiado cualquier profesor de matemáticas de la secundaria, al señor de edad, al estudiante y al sonriente Tomás. El viejito, aún medio aturdido por la idea de que se trataba de un pleito contra su jefe, señaló con un gesto acusador a los otros dos y dijo en un profundo tono de indignación, como si se hubiera cometido con él la más grave injusticia: -Ésos fueron.

-¿Qué no saben leer? -les gritó el guardia y señaló un cartel que colgaba en las rejas de la jaula. Tomás se fue acercando lentamente, mientras que el cuidador hizo una mueca de furia con sus labios, de modo que su bigote rubio se erizó como el de un perro ladrando.

-Se prohíbe molestar a los animales -leyó Tomás en voz alta y se dirigió luego al guardia:- Sí, ¿y?... -El hombre apartó la vista, desconcertado por la calma de Mundete, y murmuró apuntando a Seebach:- Ese señor...

-Alimenta, como usted puede ver, a los animales, lo que parece agradarles.

El del bigotito se quedó más confuso, sobre todo al ver que los perros estaban tranquilos y que hasta el mismo alerta y desconfiado pastor alemán había hecho amistad con los visitantes. Se dio la vuelta hacia el viejito y comenzó de nuevo: -Ese señor...

-No ha hecho nada que moleste a los animales -lo interrumpió Tomás-. Parece que a usted le divierte tiranizar a los visitantes del Zoológico. Pero no está usted para eso. ¿Cómo se llama?

El vigilante se hizo chiquito cuando le preguntaron su nombre. El bigote se le bajó, y se lo mordió. Luego, lanzando una tímida mirada a la cadena del reloj de Tomás, que acentuaba enérgicamente lo imponente de su barriga, balbuceó un nombre que nadie pudo oír; se agachó para recoger una rama seca y se largó de allí. Unos instantes después se le podía oír echando pestes mucho más fuertes en el parque infantil, donde dos chicos se ocupaban de ofrecerle al lobo como comida la muñeca de la hermana, que no dejaba de pegar gritos. El lobo, por cierto, continuó su agitado paseo indiferente y sin apetito.

Tomás se dio la vuelta para seguir caminando. -¿Está usted bien enterado sobre la idea del perro? -preguntó.

Sonriente y pensativo, Seebach lo negó. -No ha dicho usted lo más mínimo sobre eso.

-¡Dicho, dicho! Pues yo se lo mostré. ¿Qué acaso no vio cómo vino corriendo? Ladró, apartó la vista con timidez cuando alguien lo miraba; encogió la cola, que en este caso era un bigote; se alejó para irse en dirección de los niños, luego que le había ido tan mal con los adultos.

-¿El vigilante?

-¡Santa simpleza! Usted es realmente duro de entendimiento. El guardia es simbólico, está allí por todo aquello que es autoridad. Toda autoridad es perruna, ladra y hasta muerde, pero recoge el rabo cuando ve un látigo. ¿Quién juega al guau-guau con el niño? ¿Quién es el gran guau-guau con el que lo asustan, tan pronto como le conviene así a la señora mamá? El padre esgrime la vara todo tiempo que el joven le ofrece, voluntariamente, el trasero. Pero si se defiende primero, entonces se acabaron los agudos ladridos absolutistas, y el papito mira de soslayo hacia la esquina del horno, en donde, en breve, el fuerte hijo le colocará la cazuela. Véase el cofrecillo del tesoro de Hebel.¹

Tomás avanzó rápido y con pasos irregulares. La P de la palabra “padre” resonó alargada desde sus labios. -Se echa, este padre, luego de que regaña muy enojado al pillo. La señora mamá le da comida, cuando se porta bien y cuida la casa. Pero cuando huye, ella le enseña el látigo y, entonces, él se desliza sobre su vientre y le lame las manos. Y la cola, que antes estiraba y meneaba alegremente frente a otras perras, ahora la mete entre las patas. El perro del hombre alza atrevido la pata contra la muda y sufrida piedra, aunque sea la piedra angular del edificio humano; pero se retira cobarde cuando un fanfarrón se agacha a recoger la piedra para aventársela.

El estudiante lo interrumpió aquí, pues sintió ganas de buscar el silencioso retiro del jardín; lo que Tomás registró sonriendo como un éxito de sus palabras sobre el levantamiento de pata del perro, así como satisfecho presintió el despertar de semejante apremio en sí mismo. -Cuando una vaca navega, navega la otra -instruyó al más joven, mientras estaban de pie uno al lado del otro; luego le preguntó si sabía dónde salía esa descripción del hoyo del excusado como brillante.

Y ya que el estudiante se estaba acomodando la ropa con esmero, mientras él iba para afuera, se decidió a continuar: -He intentado ya un montón de interpretaciones, pero no doy con ello. Durante mucho tiempo, creía tener la solución en la palabra bramar, por aquello del sonido del trueno, con el que frecuentemente se asocia el asunto. Luego, me vino la idea de derivarlo de brillo. Con base en la satisfacción que se obtiene allí, se dice que es un asunto brillante. Pero comprendo que estas asociaciones de ideas son muy afectadas. Tiene que ser algo relacionado con ver, con el ojo.

-Quizás le ayude a seguir su investigación -dijo Seebach- que entre los campesinos de Transilvania hay una adivinanza, en la que se llama tuerto al ano. Verdad es que bastaría sólo para la designación del monóculo, pero se podría pensar que la expresión se usa, en primer lugar, para los excusados familiares. Antes se hacían las cosas ésas con dos plazas, por no decir con dos camas, para acentuar en cierto modo la gran intimidad del matrimonio, y aún ahora se comprueba, mediante la propensión que tienen los niños de ir la baño de dos en dos, qué tanto fomenta esta cuestión la sociabilidad.

-Puede ser -respondió Tomás pensativo-, aunque yo creo que es suficiente con la explicación del tuerto, pues probablemente se inventó primero el monóculo que los dos lentes. Me preocupa ahora, sin embargo, algo muy diferente. Pero con su inacabable palabrería, uno no puede hablar. Un ojo... tuerto... Cíclope... Polifemo. Si la idea de un ojo es el ano, entonces Odiseo es el inventor del clíster o supositorio.

Seebach estaba tan sorprendido que se quedó parado, mientras Tomás seguía caminando y hablando en voz alta.

-Sí, sí, así es la cosa. Tengo que escribírselo a Lachmann. ¿Conoce usted a Lachmann? -se dio la vuelta hacia Seebach que lo seguía-. No. Tampoco es indispensable. Tal vez sería de interés para el vicario Ende -se calló y continuó dándole vueltas a sus extravagantes ideas. Seebach estaba ansioso por enterarse del nuevo chiste de su bufón y, después de un rato, le preguntó: -¿Qué quiere usted decir con eso de Odiseo y el clíster?

Tomás se despertó sobresaltado de sus ensoñaciones. -¿Clíster? ¡Ah, sí! Sí, es bastante fácil. En el ojo del Cíclope, que es el ano, se introduce una estaca puntiaguda, el clíster. El silbido del ojo simboliza la inyección del fluido. La gruta es el estómago; del que proceden los excrementos en forma de borrego,

1.- Se trata de Johann Peter Hebel (1760-1826), autor romántico alemán que escribió un libro didáctico: *El cofrecillo del tesoro*. (N. del T).

borrego, lo que quiere decir que primero caen pedazos duros aislados como mondongo; después vienen las aguas, representadas por el mar y, entre tanto, unos grandes terrones, que son las piedras lanzadas por Polifemo a los barcos de Odiseo, que pasan bogando por allí. Polifemo, sí, bien puede decirse del ano que habla mucho y, también, que se habla mucho sobre él. Todas las madres reciben a sus niños a mediodía con el saludo: ¿Hiciste algo? Polifemo... Po... popó; li... lilí, probablemente una derivación del griego para nuestro hacer lulú; ¿fem? ¿fem? ¡Ah sí, qué vergüenza! Fem es la palabra sueca para cinco. Cinco dedos, así pues la palmada, que se efectúa sobre la inconveniente lulú para el popó -con un movimiento de sus manos, Tomás quiso abandonar la disertación-. La cuestión está muy clara. No hace falta detenerse más en ello.

Habían llegado frente a la jaula de los monos y ambos se alegraron de ver a los graciosos animales. Tomás estaba a punto de lanzarse sobre su tema favorito, el onanismo, que era practicado allí por los animales a la luz pública. Se puso una mano entre los botones del pecho y la otra en la espalda, cuando el estudiante le dio un golpe para mostrarle una mamá mono que espulgaba a su bebé, y dijo: -Mire usted, la limpieza es un impulso natural.

El rostro de Augusto se quedó como congelado. -¡Chinches! -dijo para sí y dio un respingo-. ¿Acaso no hay en este deplorable Zoológico una jaula con insectos? Tiene usted que mostrarme de inmediato la sección de los insectos. ¿En el acuario, dice usted? -Ya se había adelantado un buen trecho-. ¡Ándele, rápido, rápido! -gritó y siguió corriendo a toda velocidad.

Seebach no había llegado a la entrada del acuario, cuando Mundete se precipitaba ya hacia afuera. -Embustes -gritó-, es una verdadera estafa, el Acuario y todo el Zoológico además. Allí dentro tienen peces y cangrejos y hasta tortugas, pero eso no me sirve para nada, por lo menos ahora no -la mirada se le extravió y el habla se le paralizó-. Pero grábese esto, Seebach: los peces, los niños pequeños y la religión. ¡Maldición, apúntelo usted! Peces, Cristo, embrión, tina. Así, con eso basta. Bueno, el pez se agita, es bullicioso, el bebé también; nada en el agua, el bebé también, se dice que brinca bajo su corazón. El pez es el símbolo de los protocristianos, pero el niño que nació en el establo se sometió al mundo. El pez... -Iban pasando frente al estanque, y Tomás se interrumpió para señalar a una cigüeña, que lentamente deglutía a una rana para el contento de todos los niños que estaban por allí-. También se pudo haber usado a la rana como símbolo. Mis compañeros de la Facultad de Medicina llamaban a la sala de niños "la caridad del charco de ranas". Diariamente, se llevaba allí a cabo el infanticidio de Belén. Y en verdad, ¿por qué eligió el piadoso grupo de la hermandad cristiana el pez y no la rana?

El estudiante que oía involuntariamente las divagaciones de Tomás, se encogió de hombros. -Es un antiguo símbolo fálico -respondió.

Tomás lo miró penetrantemente y continuó: -Ajá, usted sabe eso. Pues sí, el pez es el niño y el niño es el Salvador, que después de tres veces tres lunas resucita de la tumba de la madre. Nacimiento y tumba, es lo mismo, todo se encuentra misteriosamente entrelazado. El Todo, el Mundo, un Círculo, una Esfera. Y la esfera es, de nueva cuenta, la madre embarazada. Pero que lleva en sí al mar, el salado flujo, que enjuaga la felicidad del cuerpo infantil -Tomás se detuvo jadeante y colocó su mano sobre el vientre-. Jamás -dijo-, jamás, jamás. Nunca lo lograré -siguió, adelante, apretando el paso y sacudiéndose las preocupaciones mediante un repentino movimiento de hombros.

-Todas las noches, en sueños omnipotentes, el niño consigue de nuevo el mar para nadar, el baño sagrado, el protobaño y universo. El adulto que hace uso de la bacinica es un miserable chapucero, comparado con la creación divina de los niños, y su envidia no mejora por estafar al niño con su creación, bajo el pretexto de la limpieza y obligarlo a usar el bacín. Por supuesto... -su rostro estaba rígido y sus ojos iban inestables de aquí para allá, de modo que un observador atento, como lo era el estudiante, hubiera notado que el hombre no estaba en la cosa-, la bacinica es también un símbolo del globo terráqueo, el oscuro continente en medio del amarillo océano. Y en cuanto a la transición a la tina de baño, una indicación. Se pregunta uno qué se inventó primero: la bacinica o la bañera. Sin embargo, ambas fueron obligadas por el mal olor, que es el padre de la limpieza, o acaso fue lo pegajoso, o quizá la comezón, el insecto, la chinche -el rostro de Mundete se transformó, se puso animado y claro-. He estado en el llamado Insectario. Es una vergüenza este Zoológico, es sin duda la estafa de una sociedad anónima que trabaja sobre la ganancia. Allí tienen toda clase de animales: mariposas, escarabajos, muertos y vivos, plantas carnívoras y todo lo más absurdo. Tienen hasta abejas. Pero lo que se dice insectos decentes, verdaderos, cuya importancia

se comprueba mediante la existencia de los insecticidas, éstos no los tienen. En los pequeños pueblos mugrosos, cada cochina feria tiene su circo de pulgas; pero aquí, en este amontonamiento de riquezas naturales, supuestamente subvencionado por el Estado, en donde se cree que quieren instruir, no consigue uno ver a esos curiosos animalitos. Además, todas las casas de Berlín están cuajadas de ellos. Es completa y auténticamente moderno. Nuestros niños aprenden ya desde la escuelita que se tiene que correr en zigzag, si un cocodrilo se lo quiere devorar a uno; pero no aprenden la manera en que mamá atrapa por las noches a los saltarines, incluso reciben regaños cuando están ansiosos por ver la cacería. Los morenos trabajadores de las ferias viajan de pueblo en pueblo, para extender los piojos que traen cuidadosamente pegados a sus propios cabellos y cuerpos; hasta las mujerzuelas se ocupan de transmitir, a círculos más amplios, el indispensable conocimiento sobre las ladillas. Sin embargo, nuestros zoológicos, que cuestan millones, aniquilan a estos animales y, en lugar de cuidarlos, se los dejan, *horribile dictu*, a los simios como bocado.

El estudiante sentía una gran inquietud, pues los gritos de Mundete atraían la atención de las gentes que ya empezaban a apiñarse alrededor de la jaula del león, para ver cómo devoraba sus pedazos de carne. Con el incierto presentimiento de que pronto ocurriría algo increíble, se hizo a un lado para observar. Tomás ni siquiera se dio cuenta de que ya no tenía acompañante. Gesticulando con exageración, continuó su discurso: -Se le llama el rey de los animales, a esta res apestosa. ¿Por qué? ¿Con qué derecho? Si se le pone una pulga en el pellejo, sus fuertes garras no le sirven, su poderosa mandíbula no es buena para nada. Mientras forcejea con la cabeza o golpea con su cola buscando el lugar donde tiene comezón, la maestra pulga ya extrajo su porción de sangre, huye brincando de allí y no se molesta más por la cólera del rey de los nobles.

El león había concluido su comida, se echó pestañeando y bostezó.

-Abre nomás tus fauces, fanfarrón -gritó Tomás-, a mí no me asustas y a la pulga menos. ¿O bostezas para mostrarme lo aburrido que soy? ¿Acaso ya estás tan humanizado que ofendes cobardemente oculto? -Había levantado su bastón y lo amenazaba con él. Un señor gordo y chaparro con el rostro encarnado, que intentaba en vano calmar a su esposa, más gorda que él, se lanzó hacia el bastón, lo que no estorbó a nuestro héroe. Se cambió el bastón a la otra mano y siguió gritando: El mundo es loco y vanidoso, pero el mayor loco es el hombre, la corona de la creación. León, mira nada más a la gente, así se ven los que se elogian, la tierra les está sometida, los que escriben un libro gordo; el libro, el libro de los libros, en el que le imputan a Dios la blasfemia de que creó animales y plantas a causa de ellos, el mismísimo Dios, que hoy o mañana les puede enviar el bacilo de la tuberculosis al pulmón; entonces, van perdiendo su prominente barriga, pero no la petulancia y allí sentados cómodamente ponderan los inventos de su espíritu, mientras que son comidos por animalitos tan diminutos.

El león se había dado la vuelta y permitió a los mirones ver su imponente revés. Tomás se acercó mucho a la jaula.

-Dices que eres un animal de rapiña, te jactas de tu fuerza y deberías alegrarte de poder derrotar alguna vez furtivamente a una vaca o de embestir sobre seguro a una inofensiva alma de Dios. Yo conozco animales de rapiña en verdad intrépidos, que atacan al enemigo heroicamente, diminutos enanos, no como tú que estás amarillo de envidia, sino de color rojo ardiente por su sed de sangre -se inclinó sobre la barrera de fierro que separa al público de la jaula, de manera que su cabeza rozaba los barrotes. La multitud comenzó a dispersarse, sólo uno que otro echaba una mirada hacia atrás. Un niño, evidentemente el hijo de la pareja de gordos, estaba del otro lado de la jaula del león y, a pesar de los regaños y gritos de su madre, no se podía separar del animal, pues quería oír rugir al león a todo trance.

-El látigo y el hierro candente -siguió diciendo Tomás- te espantan a ti, miserable sujeto. A la chinche, sin embargo, no la asustan ni el látigo ni el hierro. Pica, chupa y muere cuando tiene que ser así, callada, sin quejas, heroicamente. La chinche es el rey de los animales, no tú. Y como yo vencí a las chinches, me puedo llamar con orgullo Matachinches. A ti te desprecio...

El final de la frase fue sofocado por un fuerte baño, con el que el león roció a Tomás de arriba para abajo. -¡Mamá!, gritó el muchacho y salió corriendo detrás de su madre-. Mamá, el león enlodó todo al señor, mamá... -No pudo seguir, se quedó rígido allí, parado. Tomás, sin preocuparse por la mugre del león, se había desgarrado los pantalones como un auténtico héroe y gritó: Si tú puedes, yo también -y se rio contento por su victoria, cuando el león intentó escapar del alto arco del chorro.

Medio muerto de alegría, el niño salió corriendo hacia donde estaban sus padres y les contó el suceso, brincando en un pie alrededor de ellos y con el dedo en la boca, lo que no facilitaba la comprensión de su informe. El gordo papá estalló en cólera pues no podía entender nada; luego, después de que su mujer había sacado a relucir el dedo chupado con un movimiento enérgico y le dio un manotazo al niño, se puso a oír atentamente. Parecía que estaba engordando, tanto lo infló la indignación. Se dirigió hacia Tomás a pasos agigantados, como si él mismo fuera el león ofendido y se dispusiera a tomar venganza. Iba gritándole al cuidador de los leones cuando atrapó al pobre hombre, que estaba limpiando con calma su traje, por el brazo, mientras que el estudiante pretendía jalarlo del otro lado.

Pocos minutos después, estaba Tomás, acompañado por el gordo y el guardia y seguido por el estudiante y el chico, en la oficina de los vigilantes en la Dirección. El sargento de policía que estaba de guardia, un hombre flaco y huesudo, con un trabajo duro, un gran apetito y un sueldo ínfimo, se dedicó a examinar con miradas hoscas las dos barrigas que se arqueaban frente a él, la del acusador y la del acusado; y ya que descubrió que el volumen corporal de Mundete guardaba una mejor proporción con su estatura que el que tenía el sudoroso padre, se decidió a tomar partido por este último. Hasta que el niño, el único testigo del acontecimiento, comenzó a tartamudear bajo la influencia de las miradas amenazadoras de Seebach.

Cuando el estudiante vio que la autoridad vacilaba, empleó la salida que se le ofrecía: -No perdí de vista -dijo- al señor Mundete durante todo ese tiempo, exactamente porque está enfermo -hizo, entonces, un movimiento furtivo hacia la frente-, y ya que me siento responsable de él por ser su amigo, puedo aclarar con toda precisión que ese muchacho inventó por completo su historia.

Con eso se habría resuelto el problema, si a Tomás, que se puso furioso por el movimiento de Seebach hacia la frente, no se le hubiera ocurrido dar testimonio contra sí mismo. Finalmente, el resultado fue que se apuntaron nombre y dirección del delincuente y lo dejaron ir con la advertencia de que ya tendría noticias del asunto. Poco tiempo después recibió Tomás un citatorio de la policía. El por qué no atendió a este citatorio es el resultado del transcurso de la historia.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck